

Título: La filosofía política del Estado Populista

Autor: Cassagne, Juan Carlos

Publicado en: Sup. Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Bs. As. 06/12/2016, 1 - LA LEY2016-F, 1040 - Acad.Nac. de Derecho 2016 (septiembre), 5

Cita: TR LALEY AR/DOC/3203/2016

(*)

La filosofía política precede casi siempre a la acción revolucionaria. No es cierto aquello que decía Goethe "en el principio era la acción", frase que implicaba atribuir primacía a la acción sobre la filosofía. De lo contrario, no se explica que los grandes revolucionarios de la época moderna (Marx, Engels, Lenin y Trotsky), hayan transitado por los caminos de la filosofía, de la teología y aún de la metafísica (1).

La tesis que pretendemos demostrar consiste en sostener que las raíces filosóficas del nuevo populismo latinoamericano no son autóctonas y que se trata de un modelo político que constituye una derivación o modalidad de los regímenes europeos más totalitarios (comunismo, nazismo y fascismo), con los que tiene en común una filiación filosófica similar al igual que resultan análogas las características típicas que exhiben. Tal es la hipótesis de la que partimos para confirmar una tesis que aspira a cubrir un vacío que, en mayor medida, se observa en la literatura política adversa a la razón populista.

Este camino no ha sido hasta ahora seguido y se observa, en general, con algunas excepciones (2), la ausencia de una crítica integral (3) del fenómeno populista latinoamericano, que ha quedado como en la superficie de su propia historia. De ahí el interés que el estudio y análisis filosófico-político de este fenómeno (que parece extenderse hacia España) tiene que necesariamente provocar en los operadores políticos y en los ideólogos que actúan como consejeros o inspiradores de los gobernantes de turno los cuales, cuando triunfan sobre los populismos, suelen desconocer las fortalezas y debilidades de quienes han sido desalojados del poder.

No vamos a exponer aquí una visión exclusivamente personal sino más bien de bucear en el interior de las concepciones filosóficas políticas europeas mostrando su conexión con los regímenes totalitarios populistas para luego examinar la transmisión de esa genética en los populismos latinoamericanos, particularmente al que denominamos Estado Populista, con el objetivo de marcar las afinidades y las diferencias sustanciales existentes entre las raíces populistas europeas y de Latinoamérica. Si cabe alguna originalidad ella se encuentra en el análisis de esas conexiones, a la luz, sobre todo, de pensamientos más ajenos que propios. Es el mismo camino que recorrieron los ideólogos populistas pero en sentido contrario, pues no existe otro modo lógico de captar y criticar su pensamiento.

Cabe advertir que muchas de las notas que permiten caracterizar a un determinado régimen latinoamericano como populista también están presentes en los regímenes democráticos cuyos gobernantes tienden a concentrar y abusar del poder, de la manera tan bien descripta, por Montesquieu, hace más de dos siglos.

El acervo común de los populismos —como en los inicios del régimen chavista de Venezuela lo anticipó Brewer-Carias: -radica en el ejercicio de la violencia que practican todas las revoluciones-, aún la bolivariana, que se autodefinió como una revolución pacífica (4), enmascarándose en formas aparentemente democráticas. Al respecto, Brewer-Carias, expresaba en 2001, que:

"La mayoría de nuestro país, sin duda, quería cambios radicales, pero no para que un Presidente pretendiera encarnar, el solo, la Ley y el Estado. Queríamos un cambio en libertad y sin autoritarismos. Por ellos preocupa el discurso oficialista de la supuesta "revolución pacífica", lo que es contradictorio con la historia, que enseña que las revoluciones son siempre violentas, y con la práctica de las ejecutorias públicas del gobierno, que han sido más bien violentas. Por ello los venezolanos comienzan a tomar conciencia de que la libertad puede quedar perdida, por haber quedado el país en manos de un liderazgo antidemocrático. Por ello, el dilema que continuamos teniendo los venezolanos es cómo lograr los cambios inevitables, indispensables y necesarios que requiere el país y la sociedad en libertad y sin perder la democracia, la cual no es, precisamente, la culpable del deterioro, ni está en su destrucción el camino para la reconstrucción de la Nación" (5).

El advenimiento del chavismo al poder en Venezuela producido a comienzos del nuevo siglo pronto extendió su influencia a otros países de Latinoamérica (como Argentina, Bolivia y Ecuador y, en menor medida Brasil) echando por tierra la esperanza en la instauración de regímenes de izquierda moderada (ej. la presidencia de Lagos en Chile) que exhibían por entonces los partidos socialistas democráticos de Europa y América (6).

I. Las características del Estado Populista y de los movimientos populistas

En cierto sentido, todos los partidos o movimientos políticos son populistas en tanto buscan halagar y seducir a diferentes sectores del pueblo —preferentemente las masas- para conseguir sus votos. Pero, en el plano de la lógica estricta del poder, el populismo latinoamericano representa otra realidad: el Estado Populista,

caracterizado por la construcción de una identidad colectiva, una suerte de estadio superior de la demagogia, cuyo objetivo consiste en configurar una lógica de poder en el que una parte del pueblo, mediante una operación hegemónica, asume la representación del todo social y la conducción del Estado, bajo un liderazgo de duración indefinida, generando un permanente antagonismo con los sectores dominantes de la sociedad e incluso, con opositores políticos o personas independientes, que no ejercen dominio económico alguno sobre la sociedad.

El populismo constituye un género que aglutina distintos modelos de Estado, los cuales, en mayor o menor medida, son totalitarios. En la escala de los modelos populistas hay un orden de mérito según sea el grado de los significantes y formas totalitarias que imponen. Los máximos exponentes han sido los comunismos soviético y chino, el nazismo y el fascismo en Europa, el castrismo y, últimamente el chavismo venezolano así como los modelos que han intentado replicar éste último —aunque parcialmente- en algunos países de Latinoamérica (como Argentina y en menor medida, en Ecuador y Bolivia), si bien la copia no es del todo fiel al arquetipo que se proponen seguir. No hay, pues, un solo modelo de populismo, pero ninguno propugna la democracia basada en el principio de legalidad y en el respeto de los derechos individuales ⁽⁷⁾, la limitación del poder y su control por los jueces, la posibilidad de alternancia en el gobierno de fuerzas opuestas y la protección de las minorías.

La Europa del siglo XX tuvo que soportar sistemas populistas (tanto de izquierda como de derecha) francamente totalitarios, caracterizados por la absorción, por parte de un líder omnipotente y su gobierno, de las personas y organizaciones de la comunidad. La característica que exhibieron los regímenes populistas más extremos no radica tanto en el significativo político que utilizaron sino en la técnica de estructuración del poder. Su influencia sobre el populismo latinoamericano no puede ser desmentida, a la luz de la realidad de los hechos históricos.

En efecto, hubo una similitud en los ejes en que se apoyó la construcción tanto del nazismo como del fascismo para estructurar el poder. Estos ejes, estrechamente interrelacionados, fueron principalmente el decisionismo de un líder carismático y la hegemonía política absoluta centrada en el liderazgo personal que promovía la confrontación con determinados sectores de la sociedad. El proceso implicó una abierta ruptura con el principio de separación de poderes que constituye uno de los presupuestos basales de cualquier democracia auténtica. Esta última concepción —como es sabido- articula un sistema de frenos y contrapesos que impide que el poder sea ejercido en forma abusiva, a diferencia de los regímenes populistas en los que un líder omnipotente e infalible basa su poder en una legitimación de origen popular a partir del triunfo obtenido en una primera elección democrática.

Para mantener la hegemonía política, los líderes del populismo totalitario del siglo pasado echaron mano a mecanismos de confrontación permanente, basados en la dualidad amigo-enemigo, llegando hasta la cárcel y muerte de opositores y disidentes, algo que la legitimidad de origen jamás podría justificar.

Esa confrontación se lleva a cabo por un líder que ejerce el poder sin límite temporal alguno. De ahí que se postule su reelección indefinida como consecuencia de un liderazgo, que invierte los términos de la ecuación representativa al pasar a ser la encarnación del pueblo y su guía espiritual. El líder no representa al pueblo sino que una parte del pueblo representa al todo y encarna al líder.

Con esa inversión, al convertirse una parte en todo el pueblo se pretende justificar que el líder disponga de la suma de poder público y que la función de los jueces deje de ser la de controlar sus actos para pasar a legitimar el poder hegemónico del Ejecutivo.

Ello no constituye un mero matiz del sentido de la representación sino que es la verdadera esencia del poder populista que se nutre del afecto que prodiga el líder con habitual hipocresía hacia los sectores más necesitados de la población a los que halaga con medidas demagógicas que, lejos de resolver las carencias sociales, las acrecientan.

Como otra cara de la moneda, en el ejercicio de su poder absoluto, el movimiento populista va acumulando múltiples reacciones en el seno de la sociedad, los cuales, al no encontrar solución a sus demandas, en algún momento se unifican provocando la caída del régimen populista, ya sea por el voto popular o por la fuerza (p.e. la caída del muro de Berlín).

En ese escenario, se opera una transmutación de los valores democráticos y de los derechos humanos que pierden vigencia y efectividad (principalmente, el derecho a la vida), prohibiéndose la difusión de toda crítica al líder y al movimiento o partido que encarna al régimen populista.

Mientras las voces opositoras carecen de posibilidades para expresar sus opiniones e ideas, los sistemas populistas buscan la homogenización del pueblo mediante el despliegue de un relato que procura mantener vivo el conflicto fabricado contra un enemigo elegido como blanco del ataque y consecuente exterminio.

Con distintos significantes políticos seleccionados como enemigos (el imperialismo o el capitalismo

norteamericano) la revolución cubana, acudió a similares técnicas, para estructurar su poder hegemónico, combinándolas con algunas provenientes del marxismo-leninismo y de otras vertientes del socialismo revolucionario, en un proceso que alcanzó a confundir, en su momento, a más de una cabeza pensante del llamado progresismo democrático.

Algo similar acontece con el populismo latinoamericano, que tiene al chavismo de Venezuela como su máximo exponente, el que no difiere mayormente, del clásico populismo europeo, aunque reniegue de sus raíces y desconozca su ligazón con las técnicas totalitarias de esos regímenes, simulando que adopta una forma de socialismo compatible con la democracia, en un proceso de acceso al poder en el que la operación hegemónica resulta decisiva.

A ese denominador común, los teóricos del populismo le adjudican el nombre de significativo, el cual no constituye un símbolo totalmente vacío de contenido, ya que su vacuidad obedece a que es un significativo sin significado político predeterminado, es decir, que será el que elija el líder hegemónico de turno. En cualquier caso, el líder tratará de que el significado coincida con la demanda social insatisfecha de mayor centralidad.

Todo ello demuestra que, como acontece en todas las ideologías post-marxistas que procuran imponer el llamado socialismo del siglo XXI, estamos en presencia de una construcción artificial cuyo verdadero objetivo es impedir el juego de las fuerzas espontáneas y reales de la sociedad y de la democracia para mantener la hegemonía política del movimiento populista.

En su afán hegemónico, el populismo latinoamericano eligió a la prensa independiente como el símbolo que aglutina la confrontación aun cuando este significativo difícilmente pueda ser compartido por los diversos sectores de la sociedad civil [\(8\)](#). Este ha sido su gran error pues, a la corta o a la larga, esa política conduce a la destrucción de la identidad colectiva que se pretende construir y el régimen sólo puede mantenerse por la fuerza revolucionaria y la de los grupos de choque —civiles o paramilitares- que mantienen una militancia activa y violenta subordinada a los líderes autoritarios de turno.

Como todo populismo, el que se instaló en Iberoamérica continúa la herencia de variadas filosofías y teorías políticas, nacidas en el proceso de secularización. Aunque este no es el lugar para hacer un análisis a fondo de estas influencias no podemos dejar de advertir que las corrientes que alimentan los populismos, cuando entronizan al respectivo líder, practican una especie de religión política en la que el carisma y el espíritu gnóstico [\(9\)](#) juegan un papel central.

II. Influencias filosóficas y políticas sobre el populismo

En el campo de la filosofía moderna, la prescindencia de lo real y la primacía consecuente de la idea o pensamiento sobre la realidad que postula Hegel constituye el punto de partida de la mayoría de los movimientos populistas. En este sentido, si bien el marxismo sustituye el idealismo hegeliano por el materialismo histórico, echa mano a buena parte de los elementos que componen el sistema de hegeliano y, al igual que otros populismos, utiliza las piezas y fundamentos que caracterizan esta construcción filosófica.

Hegel ha sido, en general, mal comprendido por muchos filósofos y pensadores que no captaron en profundidad sus efectos en la política moderna [\(10\)](#). La excepción más notable se encuentra en la temprana obra de Maritain [\(11\)](#), que describió su influencia sobre la construcción marxista, así como su proyección a los movimientos populistas totalitarios.

Por de pronto, conceptos como alienación, liberación y metodologías afines a la clásica dialéctica hegeliana pueden considerarse la base del pensamiento de Marx y Engels y aunque estrictamente no sean sus discípulos, no se puede desconocer que Hegel ejerció una fuerte influencia sobre ambos, al punto que Maritain llegó a decir que Marx ha sido, en cierto sentido, "el más consecuente de los hegelianos [\(12\)](#) .

En primer lugar, al definir Hegel al Estado como "la realidad en el acto de la idea moral objetiva"[\(13\)](#) manipula la realidad de tal modo que todo lo racional es real y viceversa, lo que hace posible, entre otras consecuencias, la construcción de la "razón populista" de Ernesto Laclau [\(14\)](#), principal inspirador de los movimientos populistas latinoamericanos. La construcción filosófica hegeliana abandona la concepción de la realidad como sustancia para pasar a la realidad como sujeto, o sea, como idea que se va creando en forma sucesiva. Hegel parte de una síntesis a priori que lo lleva juntar el sujeto con el objeto. Concibe esa síntesis como una unión de los opuestos, en la que lo negativo es algo positivo y viceversa, así como lo finito es también infinito, superándose los opuestos mediante su conciliación a través de la unión de lo universal con lo individual, de la libertad objetiva (o voluntad sustancial) con la libertad subjetiva (conciencia individual) [\(15\)](#). Esa síntesis pretende realizar el espíritu del pueblo que encarna el monarca. En los movimientos populistas se persigue algo similar, aunque invirtiendo generalmente los términos de la representación ya que se sostiene que el pueblo representa al líder hegemónico, a quien se le adjudican las decisiones de mayor trascendencia política.

A su vez, tanto el marxismo colectivista como los movimientos populistas latinoamericanos encuentran en la dialéctica hegeliana el método por el que llegan a una construcción colectiva sobre la base de la síntesis de elementos sociales opuestos (la llamada unidad de los contrarios) y de su confrontación con un enemigo seleccionado a priori, solo que, mientras en Hegel el proceso dialéctico es sucesivo (16), en el sentido que la realidad (en rigor la idea) se afirma y se niega al mismo tiempo y así sucesivamente, en el marxismo teórico el proceso se detiene cuando el proletariado conquista el poder, situación en la que desaparece el Estado. Como esto no ocurre nunca, los marxistas leninistas y, sobre todo, los stalinistas, se vieron obligados a detener el proceso revolucionario convirtiéndose en conservadores del nuevo orden. Algo similar aconteció con otros populismos que fueron derrotados en elecciones en las que la sociedad optó por el cambio democrático, cuando la construcción colectiva había perdido su identidad y sus dirigentes se mantenían no por la unión de los opuestos sino por el despotismo que ejercían sobre los ciudadanos. En el nazismo, este proceso fue algo diferente porque su filosofía política estaba directamente inspirada en Nietzsche.

Otros aspectos del sistema ideado por Hegel, que despertaron la atracción de Marx, fueron la clasificación de la sociedad en clases opuestas, el concepto de alineación o enajenación (como separación de sí mismo o pérdida de conciencia que implica una forma de alineación), el cual resulta explotado al máximo por las diversas corrientes populistas totalitarias.

A ello se añade el tema de la liberación de la historia. Según Hegel el proceso comienza con la liberación de todo lo particular anterior que se refunde y pasa a otra cosa, lo vuelve a refundir en un movimiento que nunca se detiene y de esta manera el mundo universal se libera (17). No obstante, algunos teóricos exponen el proceso de liberación hegeliana como liberación de los pueblos oprimidos de Latinoamérica confundiendo a la opinión pública, mediante fórmulas o significantes que son repetidas por los políticos populistas de turno que suelen deformar la raíz de las concepciones filosóficas, por ignorancia o afán de poder.

Al respecto, Hegel que por lo general es poco claro si lo es cuando señala que "este movimiento es camino para la liberación de la sustancia espiritual de ese espíritu universal, el hecho mediante el cual el fin absoluto del mundo se realiza en el mundo. El espíritu que libera es solamente en sí, llega a la conciencia, a la autoconciencia, por tal modo a la revelación de la realidad de su esencia en sí y de por sí y se hace espíritu del mundo"(18). Es obvio entonces que se trata de una liberación espiritual y universal (que hace al espíritu del mundo) que nada tiene que ver con la liberación material ni menos aún, con la de un pueblo en particular, como el latinoamericano.

Como punto final de este análisis cabe recordar que Hegel, exhibe un desprecio mayúsculo por la democracia porque, en definitiva, su filosofía se basa en el imperio absoluto de lo total sobre lo particular, lo que es compartido por Marx en cuanto a la democracia formal (19).

III. El nihilismo nietzscheano

El nihilismo fue un movimiento filosófico de las postrimerías del siglo XIX que expresa una concepción del mundo que adopta un pesimismo radical, o bien, postula la destrucción o aniquilación de la cultura filosófica, sobre la base de la negación de la realidad sustancial. A diferencia de Hegel que tuvo seguidores (Crocce) en el liberalismo, Nietzsche, considerado una genialidad por Ortega y Gasset en varios de sus ensayos filosóficos (20), fue utilizado por los totalitarismos europeos (nazismo y fascismo) que propiciaron la transmutación nietzscheana de los valores tradicionales (21).

En Alemania, aparte de la postura pesimista que asumió en su momento Shopenhauer, fue sin duda Nietzsche quién más influyó en los populismos totalitarios europeos. Su obra "La voluntad de poder", en la que plantea una transmutación de los valores tradicionales y cristianos, tuvo resonancia en el nazismo y, en general, en el pensamiento del marxismo-leninismo (22). La filosofía de Nietzsche se desenvuelve alrededor del problema de la rebelión del hombre frente a Dios (una de sus frases más conocidas es "Dios ha muerto"), la divinización del hombre con voluntad de dominio y la consecuente construcción del "súper-hombre", con su moral de dominación y de fortaleza. Esta tesis, fue la más radical de su filosofía ya que, con repercusiones políticas evidentes -que quizás Nietzsche no alcanzó del todo a visualizar- constituyó uno de los fundamentos del poder hegemónico de los líderes populistas que, en su afán dominador, dejan de lado los valores más trascendentes del ser humano (objetividad, bondad, amor al prójimo, humildad etc.).

Como decía Unamuno, en el fondo, en la concepción nietzscheana hay una sed de inmortalidad, al atribuir a cada uno de los momentos de la existencia un valor infinito, como algo que debe repetirse eternamente, razón por la cual su filosofía, al no poder cumplirse en la realidad, conduce a un callejón sin salida entronizando a un gobernante eterno sin moral ni límites humanos, algo que el propio Nietzsche reconoce al decir que "cuando los fines son grandes la humanidad utiliza otra medida y no juzga ya el crimen como tal, aunque cumpla los medios más espantosos"(23).

Esta postura revela nada menos que la justificación filosófica nietzscheana de los crímenes hitlerianos y los que ocurrieron durante el comunismo ruso y los fusilamientos en la primera etapa de la revolución cubana.

El nihilismo nietzscheano también justifica la mentira con basamento en un perspectivismo filosófico según el cual la verdad no es algo que habría que descubrir ni buscar sino una construcción artificial, una ficción lógica, es "algo que hay que crear y que da el nombre a un proceso, mejor aún, a una voluntad de subyugar que en sí no tiene fin" (24). La verdad está siempre subordinada a la voluntad del poder y la falsedad del juicio no es para Nietzsche una objeción, o sea, que si la voluntad de poder lo exige es admisible la mentira. Con esta nueva epistemología perspectivista "emerge un nuevo lenguaje para la filosofía y un nuevo modo de ejercer la crítica y la sospecha, un modo novedoso de entender el objetivo y el decurso de ambas" (25).

Ese nuevo lenguaje resulta aprovechado y explotado al máximo por todos los nuevos populismos latinoamericanos que justifican la mentira en aras de la voluntad del poder hegemónico que pretenden ejercer de un modo infinito sobre la sociedad y los ciudadanos. En estos modelos populistas suele hablarse de un relato oficial que, bajo la idea de que se encuentra más allá del bien y del mal (como en la perspectiva nietzscheana), no vacila en propalar la mentira como instrumento de sus programas. De ella han abusado y aún abusan todos los populismos latinoamericanos (26), mintiendo sobre las cifras estadísticas (p.e. los índices de pobreza) y llegando hasta prohibir y sancionar a las consultoras privadas que difundían los verdaderos datos estadísticos, tal como aconteció en Argentina.

Pero el nihilismo nietzscheano revela otras conexiones con el populismo, elaboradas en forma consciente o inconsciente, que, incluso, pueden generar conductas provenientes del subconsciente colectivo (Jung) que va creando el clima de hegemonía y sumisión que ha organizado el sistema populista como un mecanismo de relojería (en el sentido de que opera sin interrupciones) mediante intimidaciones y persecuciones sistemáticas sobre los opositores.

Esas conexiones que derivan del libro *La Gran Política de Nietzsche*, han sido correctamente descritas y criticadas por Emilio Komar (27).

El primer punto de la *Gran Política* se refiere al desconocimiento de los derechos del hombre y del orden natural lo cual, desde el perspectivismo populista se lleva a cabo de diferentes maneras, siempre bajo la voluntad del poder del líder de turno. Mientras en Venezuela y Cuba se ahogaron las libertades y se encarceló a los opositores impidiendo el ejercicio de la prensa libre, en Ecuador y Argentina, se puso el acento en apoderarse de los medios de prensa y en asfixiar a los medios independientes. En estos últimos países la persecución de los opositores fue también desplegada, por medios físicamente no tan brutales pero no menos agresivos a las libertades personales.

La perspectiva nietzscheana lleva a los populismos latinoamericanos a extremar una política masiva de votantes cautivos (Nietzsche prefirió hablar de "esclavos insatisfechos") a quienes halaga con demagogia concediéndoles una serie de prebendas y privilegios para que no escapen del sistema del poder hegemónico que ha querido atraparlos en la jaula dorada del populismo.

Pero, al fracasar la economía que propugna un Estado que funciona sin controles, como un barril sin fondo colonizado por la burocracia y la corrupción, el votante cautivo se convierte en un ciudadano insatisfecho y comienza a luchar para el restablecimiento de las libertades fundamentales y de la dignidad perdida.

Los Estados populistas de Latinoamérica pretenden instituir un nuevo orden o modelo de Estado aunque sin valores ni principios morales, en suma, un orden artificial, como sus antecesores europeos (comunismo, nazismo y fascismo) atacando los valores de la democracia (vgr. la separación de poderes y particularmente, la independencia del poder judicial) y alabando (según expresiones del propio Nietzsche) el placer "causado por la arbitrariedad de todas las manifestaciones del poder" (28), poder que obra con total prescindencia de la realidad, la que es sustituida por la primacía a la praxis (Marx).

Las huellas del idealismo alemán nietzscheano aparecen constantemente en el lenguaje que emplea Hitler cuando se refiere a la superioridad de la raza alemana y de las personas que dirigen a un pueblo destinado a ser amo de la tierra, habida cuenta que "no es la masa la que crea ni la mayoría la que organiza o reflexiona sino siempre y en todas partes el individuo aislado", es decir, el individuo superior (29).

Puede decirse que la lógica rebelde de la concepción de Nietzsche lo erige "un maestro de la mentira y de la violencia", culmina con la exaltación del mal (30) y permite legitimar los crímenes y abusos que cometen los superhombres que dirigen los pueblos. La analogía entre lo que acontece en el populismo latinoamericano y el pensamiento nietzscheano se proyecta en la transmutación de los valores que provoca en la medida en que el populismo fomenta el odio hacia un sector de la sociedad, persigue a los opositores, monopoliza o controla la prensa y unifica el relato para armar una construcción política ideal o artificial, cuyo objetivo es la voluntad del

poder o dominación para mantener cautivos o sumisos a los ciudadanos, usando incluso la violencia, ya sea oficial o privada como la que practican grupos de choque que actúan con total impunidad, encubriéndose bajo el derecho a la protesta.

IV. La construcción de Laclau sobre la razón populista

En el campo intelectual, especialmente en el ámbito de la teoría política, la irradiación que han tenido las ideas del politólogo argentino Ernesto Laclau (31) en el populismo latinoamericano ha sido realmente extraordinaria, siendo la fuente nutricia de los diversos modelos de estados populistas.

La concepción diseñada por Laclau, preanunciada en obras anteriores, cobra mayor trascendencia (32) con el advenimiento de Chávez al poder en Venezuela hacia el final del pasado siglo, de quien fue su mentor político, al igual que de los anteriores gobernantes argentinos (los Kirchner). Su obra central, *La razón populista* fue publicada en el 2005 y es, en cierto modo, el más valioso diseño intelectual de justificación del populismo, sobre hipótesis basadas en el post-estructuralismo y en la teoría lacaniana (33).

La tarea de Laclau puede parangonarse con la que realizan las hormigas al ir juntando pacientemente las variadas hojas que alimentan su hormiguero intelectual, no importándole su procedencia, siempre que le sean útiles para la construcción de una teoría que no reniega de su base marxista pero que, al propio tiempo, descrea de las posibilidades reales del marxismo clásico, al cual reinterpreta. De ese modo, su teoría es como una suerte de máscara de la democracia, porque salvo el principio electivo inicial para acceder al poder no reconoce los demás valores y principios democráticos, inscribiéndose en la ideología (34) de la llamada izquierda radicalizada.

La concepción radical de Laclau sobre la democracia es, esencialmente política y configura una lógica social del poder, al que considera el principal escenario en el que sucede la historia. Aunque acude a la técnica lacaniana de sustituir el carácter subjetivo del poder por una estructura (la construcción de una identidad colectiva homogénea) no tiene más remedio que poner al frente de la estructura a un líder omnipotente porque de otro modo la heterogeneidad social provocaría rápidamente la fragmentación del poder y la consecuente caída del movimiento populista que pretende enraizarse en el gobierno.

Ante el fracaso de la concepción clasista del marxismo ortodoxo y como consecuencia de haber dejado de ser la clase trabajadora o proletaria el eje de la revolución socialista (hecho sucedido en la revolución cubana) los teóricos del nuevo populismo, como Laclau, siguiendo en este punto a Gramsci, trataron de buscar un nuevo diseño para la lógica social de acceso y conservación del poder político.

El hecho de haber dejado atrás la idea de simplificar la estructura social (con base exclusiva en el proletariado) hizo que los ideólogos pasaran a interrogarse acerca de cómo se podía llegar a estructurar una nueva formación social que tuviera en cuenta la gran heterogeneidad que había generado el desarrollo del capitalismo en la sociedad (algo no previsto por el marxismo). El proceso culminó con el abandono, por buena parte de los ideólogos marxistas, de lo que denominaron "el reduccionismo de clase" (35), habida cuenta la heterogeneidad social existente tras las dos guerras mundiales.

En este trance, el papel de estructurar la nueva construcción social de una identidad colectiva fue cubierto por la noción de hegemonía proveniente del pensamiento gramsciano. La operación hegemónica que le permite a Laclau unificar su teoría aplicable a los gobiernos populistas consiste en aprovechar la serie de demandas radicales insatisfechas de la sociedad en determinados momentos históricos. Como estas demandas son, por lo común, diferentes e individuales, precisa encontrar una demanda que las aglutine y les confiera una cierta centralidad, aunque fuera por razones circunstanciales (36).

Como apunta certeramente Quintana, la noción de hegemonía gramsciana difiere de la de Lenin, en cuanto no radica en el poder coercitivo del Estado sino en "quienes ejercen la orientación intelectual de la sociedad" (37).

Porque "la hegemonía se ejerce mediante la penetración en la sociedad civil de todo un sistema de valores, actitudes, creencias que contribuyen a mantener el dominio del grupo de poder. De aquí la trascendencia que asumen en la sociedad contemporánea los medios culturales, tanto los formativos como los informativos. Sin ellos el dominio político a la larga se vuelve estéril y desgastado. Para él, este dominio solo logra eficacia cuando es acompañado por un consenso que se obtiene mediante la internalización por parte de los gobernados del "buen sentido" de los gobernantes (38)".

Ahora bien, el populismo precisa consolidar el vínculo de equivalencias (demandas no satisfechas) mediante el deslinde de una frontera interna que defina cuál es el enemigo común (lo que responde a la misma lógica articulada por Carl Schmitt en su teoría decisionista), la que combina con la categoría del significante lacaniano como denominador común con el objeto de evitar las dispersiones y proliferación de los agentes que actúan en

una sociedad heterogénea.

Para la concepción decisionista de Schmitt (39), inspirado en la teoría voluntarista del soberano presente en el Leviatán de Hobbes (40), ella "significa que un orden social, de un valor jurídico, resulta del procedimiento de voluntad que los crea... en el que la decisión del soberano no está limitada por un ordenamiento preexistente, porque la decisión soberana es una omnipotencia estatal cuya absoluta discrecionalidad puede imponer decisiones contrarias al derecho natural" (41).

El líder ocupa un lugar central en la teoría de la razón populista de Laclau y en este sentido -sin exhibirlas de un modo explícito- asoman advertibles analogías con el decisionismo schmittiano (42) lo cual Laclau se ha empeñado en esquivar, probablemente por el temor, que acucia a todo el progresismo radicalizado, de apoyarse en intelectuales que dieron sustento doctrinario y apoyo científico al régimen hitleriano (43).

Un asunto no menor es el relativo a las discrepancias y coincidencias con sus fuentes filosóficas. En efecto, como la construcción social que propone Laclau pretende asumir un carácter universal y totalizador (aunque constituida solo por una parte del pueblo), coincide con Gramsci y con Marx en el sentido de que lo universal de la construcción social hegemónica no implica una barrera que separe al Estado de la sociedad civil, como pensaba Hegel. Pero, está de acuerdo con éste último y no con Marx, en que esa nueva construcción colectiva, dotada de universalidad, no configura una clase determinada sino una voluntad colectiva, es decir, una construcción política integrada por elementos heterogéneos. De ahí, mientras Marx postuló la extinción del Estado, Gramsci habla del Estado Integral (44) (construcción a la que denominó hegemonía), de manera de provocar una identificación entre la nueva construcción colectiva y el Estado, o sea, una absorción de la sociedad civil por el Estado (45).

V. Prospectiva

No todo es color de rosa para el populismo latinoamericano ya que la acumulación de reacciones en su contra se potencia por la generación de sus efectos disvaliosos caracterizados por la alta inflación que provoca una política distributiva demagógica que desalienta el trabajo y la productividad al dilapidar recursos públicos que invierte en obras innecesarias y en publicidad oficial, entre otras cosas prescindibles. La inseguridad, el narcotráfico y la corrupción generalizada así como la ausencia de instituciones sólidas y confiables en el seno del Estado son factores que influyen en la caída de los regímenes populistas y, en ese escenario, hablar de inclusión social constituye otra de las grandes falsedades del relato pues en vez de lograr disminuir la pobreza, el populismo ha adoptado medidas que provocan su crecimiento.

Los supuestos logros que exhibe el relato populista, basado en la mentira sistemática, no sólo dejan de convencer a los ciudadanos sino que producen, como principal reactivo, la unificación de las demandas de una auténtica democracia, en la que el populismo ya no puede enmascararse para subsistir. La experiencia concluye con la derrota en las urnas, como ha ocurrido con el chavismo en Venezuela y el kirchnerismo en Argentina, así como con la frustrada reelección de Evo Morales en Bolivia.

Aunque sus raíces provengan del populismo europeo del siglo XX, el nuevo populismo latinoamericano pretende ser democrático y social (46). Esta pretensión implica una de las simulaciones o hipocresías más absurdas de la historia política porque la democracia es incompatible con la noción de hegemonía de determinados grupos sociales sobre otros la que conlleva el desprecio de las minorías producto de la confrontación permanente que alienta la praxis revolucionaria así como con la justificación de la violencia (47), como característica de los totalitarismos y, en particular, del Estado Populista, si bien en diferentes grados (48).

Con respecto a la filiación filosófica de la razón populista de Laclau hay en su trasfondo una dialéctica afín al materialismo histórico marxista-leninista. Si bien no apoya el desarrollo de su pensamiento exclusivamente en la teoría económica del marxismo presenta un esquema en el que opone a sectores heterogéneos de la sociedad (trabajadores, empleados, profesionales etc.) a la estructura capitalista. La lucha de clases producto de las relaciones de producción se sustituye por una confrontación permanente con los sectores dominantes del capitalismo y grupos afines (que llama bloque de poder) cuyo papel, como cabe deducir de su lógica, pasaría a ser ocupado por el Estado, al igual que lo que aconteció en Venezuela.

Por cierto que no solo los auténticos valores y principios democráticos (vgr. separación de poderes) sino que el bien común, la justicia y la moral también están ausentes en la formulación de la teoría de la razón populista.

La lucha contra el populismo no puede basarse exclusivamente en la construcción de un relato neutro. Hay que prevenir la recaída de la enfermedad mediante el desarrollo de todas las instituciones y potencias sociales en un clima de libertad y justicia en el que impere la democracia y recordar que el populismo, que siempre surge en situaciones de peligrosidad y de graves crisis económicas e institucionales, tiene una capacidad extraordinaria para reaparecer bajo formas aparentemente democráticas. De ahí que la necesidad de fortalecer las instituciones

del Estado de Derecho con sentido social y que la unión de fuerzas afines sean los objetivos primordiales de una restauración democrática que afirme el respeto por los que piensan diferente y promueva la concordia. En pocas palabras, la acción política pasa por hacer que los intereses y fuerzas heterogéneas de la sociedad confluyan en consensos comunes que reflejen los auténticos valores de la democracia formal y material con el fin de desplazar el absurdo que implica alentar la confrontación entre distintos sectores de la sociedad, basada en una hegemonía que tiende a una lucha permanente antes que a la paz y a la unión del pueblo.

(A) Comunicación efectuada por el Académico, en la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, en la sesión privada del 22 de septiembre de 2016.

(1) Véase: BARBE PÉREZ, Héctor, Actualidad de Santo Tomás de Aquino, conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República el 13 de noviembre de 1974, Los principios, Montevideo, 1975, p. 15 y ss., apunta que la frase de Goethe es como una metáfora que utiliza como réplica a la frase del Evangelio según San Juan: "en el principio era el Verbo y el Verbo era Dios".

(2) SOLANET, Manuel A, Las huellas del populismo en Argentina, Separata de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, 2012, p. 5 y ss., LARIA ALEARDO F., La religión populista, ed. Ed. Nuevo Hacer, Buenos Aires, 2011, p. 21 y ss.

(3) En cambio, la literatura que propugna el populismo es tan amplia y variada como intelectualmente profunda, véase entre otras obras: LACLAU, Ernesto, La razón populista, cit., y las citas de los distintos trabajos sobre el populismo producidos en el mundo anglosajón, particularmente el de CANOVAN, Margaret, Populismo, Junction Books, London, 1981, cit. por Laclau en op. cit. p. 16, nota 3; y de LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal, Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia, reimpression de la 3ª edición, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2015.

(4) Véase: BREWER-Carias, Allan Randolph, "Historia y crisis política en Derecho y Sociedad", Revista de Estudiantes de Derecho de la Universidad Monte Ávila N° 3, Caracas, 2002, ps. 217/244, texto de la conferencia pronunciada por el distinguido jurista venezolano en el año 2001 y reproducido en el libro La mentira como política de Estado. Crónica de una crisis permanente, Caracas, 2015, p. 34 y ss.

(5) *Ibidem*, p. 36.

(6) GNECCO, Emilio P., Renovación de las ideas y algunos otros artículos, con prólogo del Académico Juan R. Aguirre Lanari, Del Candil, Buenos Aires, 2007, ps. 49/57.

(7) BIDART CAMPOS, Germán J., Filosofía del Derecho Constitucional, Ediar, Buenos Aires, 2010 (reimpresión), p. 271.

(8) El diario Clarín, uno de los medios periodísticos independientes argentinos, fue seleccionado como el enemigo número uno del gobierno kirchnerista difundiendo, hasta por vías oficiales, letreros con la frase "Clarín miente", lo que constituyó un claro error habida cuenta que se trataba de un medio de gran difusión en el pueblo.

(9) Véase VOGELIN, Eric, Las religiones políticas, 1ª ed., Trotta, Madrid, 2014, p. 27 y ss.

(10) Entre los que advirtieron la influencia de Hegel sobre Marx, véase: Weil Eric, Hegel y el Estado, traducción del francés del libro Hegel et l'État, Negelkop, Córdoba, 1970, p. 7 y ss. y Komar, Emilio, El Nazismo. Una perspectiva transpolítica, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2005, p. 79 y ss.

(11) MARITAIN, Jacques, Humanismo integral, cit., p. 52 y ss.

(12) Cfr. MARITAIN, Jacques, Humanismo integral..., cit. p. 53. Esa interpretación ha sido objeto de la crítica de un sector de los filósofos comunistas como ALTHUSSER Louis, La revolución teórica de Marx, 26ª reimpression, traducción del francés, Siglo XXI, Buenos Aires, 2015, p. 134 y ss. Sin embargo, Laclau (sin citar a Maritain), opina que Marx "no cambió las cosas en lo más mínimo con su inversión de la dialéctica hegeliana" (cfr. LACLAU, Ernesto, Los fundamentos retóricos de la sociedad, 1ª ed., Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014, p. 88).

(13) HEGEL, Jorge Guillermo Federico, Principes de la Philosophie du Droit, traducción de Jean Hippolite, 6ª ed., Gallimard, París, 1944, p. 190.

(14) LACLAU, Ernesto, La razón populista..., cit., p. 15 y ss.

(15) HEGEL, Jorge Guillermo Federico, Principes..., cit., p. 191.

(16) El proceso dialéctico se compone de tesis, anti-tesis y síntesis, aunque esta formulación no fue descripta expresamente por Hegel y constituye una inferencia lógica del sistema.

(17) KOMAR, Emilio, El nazismo..., cit., p. 82.

(18) *Ibidem*, ps. 82/83. La cita pertenece a un párrafo de la Enciclopedia de Hegel, Juan Pablo, México, 1974.

(19) Weil, Eric, Hegel y el Estado..., cit., p. 144.

(20) Véase: ORTEGA Y GASSET, José, Obras completas, Tº 1, Alianza Editorial, Revista de Occidente, Madrid, 1983, ps. 16, 47, 74, 88, 91, 159, 314, 339, 351, Tº 4, p. 14, 79, 136, 175, 462, 477 y Tº 6, p. 147, 253 y 316, entre otras citas. Sin embargo, al referirse en un artículo titulado "El lado jovial de la filosofía" afirma que

para Nietzsche "pensar era malabarizar con las ideas, casen o no con la realidad y que no llegó a saber... lo que era la filosofía" (op. cit., Tº 8, ps. 307/308, nota 1).

(21) NOCE, Augusto del, Appunti per una definizione storica del fascismo, conferencia del 19 de abril de 1969, pronunciada en la Sezione milanese dell'Unione Italiana per il Progresso della Cultura, disponible en http://www.totustuustools.net/pvalori/delnoce_fascismo.htm, ps. 8/14 destaca la influencia que tuvo Nietzsche sobre Mussolini.

(22) CAMUS, Albert, El hombre rebelde, cit., p. 65 y ss.

(23) *Ibidem*, p. 76.

(24) NIETZSCHE, Friedrich Wilhelm, Fragmentos póstumos, Tecnos, Madrid, 2006, p. 260.

(25) Cano, Virginia, Nietzsche. Estudio preliminar y selección de textos, 1ª ed., Galerna, Buenos Aires, 2015, p. 36.

(26) El número de desaparecidos durante la última dictadura militar es un buen ejemplo de ello pues mientras la CONADEP denunció que no pasaba de ocho mil, el gobierno kirchnerista difundió como eje central de su relato la cantidad de treinta treinta mil desaparecidos.

(27) KOMAR, Emilio, El nazismo..., cit., p. 98.

(28) *Ibidem*, p. 117.

(29) Véase: CHEVALIER, Jean Jacques, Los grandes textos políticos. Desde Maquiavelo hasta nuestros días, traducción del francés, Aguilar, Madrid, 1965, p. 397 y ps. 393 y 401, obra en la que analiza el pensamiento de Hitler, bastante mediocre por cierto, en el que advierte la influencia de la perspectiva nietzscheana. En el mismo sentido: KOMAR, Emilio, El nazismo..., cit., p. 98 y ss.

(30) CAMUS, Albert, El hombre rebelde..., cit., ps. 73/78.

(31) Sus tesis han sido volcadas en diferentes libros y trabajos, destacándose entre otros La razón populista..., cit., p. 9 y ss. y Fundamentos retóricos de la sociedad, cit., p. 21 y ss., del que se publicó una edición en inglés, cuyo prefacio figura en la edición argentina.

(32) LACLAU, Ernesto, Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda (con Judith Butler y Slayo Zizek), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, además de los numerosos artículos y libros publicados en el extranjero, principalmente en el Reino Unido.

(33) Las ideas principales de Laclau fueron expuestas, sucesivamente, a partir de la publicación de Politics and Ideology in Marxist Theory. Capitalism-Fascism-Populism, editada en 1978 en español Política e ideología en la teoría marxista, Siglo XXI, España editores, y reimpresa en 2015.

(34) LACLAU, Ernesto, Los fundamentos retóricos..., cit. p. 21 y ss., apunta que el fin de las ideologías, asociadas generalmente a prácticas administrativas y no políticas, constituye un sueño imposible que "nos garantiza que seguiremos viviendo en un universo ideológico", (op. cit. p. 50). Una de las claves de la ideología que late en la concepción de la razón populista de Laclau radica —siguiendo al estructuralismo lacaniano— en desubjetivar el sujeto individual, es decir, en dejar vacío el lugar que ocupa la persona humana en la sociedad para insertar una estructura o conjunto de estructuras y la idea de ser colectivo. Como es sabido, Lacan rechazó la idea del sujeto como una realidad individual centrada en sí misma, algo que antes habían hecho Marx y Freud. En el plano ideológico, tanto Laclau como Gramsci pueden calificarse como marxistas no ortodoxos, lo que se revela, entre otras cosas, en la dialéctica que utilizan.

(35) LACLAU, Ernesto, Política e ideología marxista, cit., especialmente p. 119 y ss.

(36) LACLAU, Ernesto, La razón populista..., cit., p. 124.

(37) QUINTANA, Eduardo Martín, Aproximación a Gramsci, EDUCA, Buenos Aires, 2000, p. 159.

(38) *Ibidem*, p. 162, Gramsci señaló la necesidad de crear un bloque histórico entre gobernantes ya que según él, así se realiza la vida en conjunto como fuerza social hegemónica.

(39) Véase, VANOSSI, Jorge Reinaldo, "La actuación y la obra de Hans Kelsen en el Derecho Constitucional", La Ley, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, Anticipo de Anales, Año XLVI, Segunda Época, Número 39, Buenos Aires, 2002, p. 5 y ss., especialmente la nota 1 (ps. 5/7).

(40) MEDRANO, Juan Manuel, Historia de las ideas políticas, EDUCA, Buenos Aires, 2009, p. 461 y ss.; Sampay, Arturo Enrique, Introducción a la Teoría del Estado, 2ª ed., Bibliográfica Omeba, Buenos Aires, Buenos Aires, 1964, ps. 16/17.

(41) SAMPAY, Arturo Enrique, Introducción..., cit., p. 17, cita un trabajo de Schmitt Ober die drei Antem des RechtsWissenschaftlichen Den Keus, Hamburg, 1934, ps. 24/29.

(42) SCHMITT, Carl, Les trois types de pensée juridique, traducción del alemán por Mirta Koller y Dominique Seglard, con presentación de esta última jurista, PUF, París, 2015, p. 97 y ss. y ps. 62/67 de la presentación de Seglard.

(43) VANOSSI, Jorge Reinaldo, Derecho Constitucional, Tº I, Depalma, Buenos Aires, 1975, p. 39 y ss., efectúa un valioso análisis político-jurídico sobre el pensamiento de Schmitt y las posteriores etapas de su pensamiento. Coincidimos con Arturo E. Sampay en que su teoría sobre el orden concreto que hace surgir el

derecho y la justicia de la voluntad del conductor (el Führer) no supera el decisionismo (Carl Schmitt y la crisis de la ciencia jurídica, Abeledo Perrot, Buenos aires, 1965, p. 41) y que "restablece con su prístina pureza el decisionismo de Hobbes". Al respecto, Vanossi apunta que "no se conoce ninguna reelaboración de su primitivo concepto" (se refiere el decisionismo schmittiano) en la evolución posterior de su teoría que finalmente termina ocultando bajo una máscara historicista en la que sostiene la necesidad de preservar la ciencia jurídica de occidente y sus derechos fundamentales (dignidad de la persona, garantía del debido proceso legal etc.).

(44) La expresión Estado Integral, fue adoptada en 1931 por la Constitución republicana española.

(45) El dualismo Estado-Sociedad representa uno de los principios de mayor relevancia en el derecho natural Cristiano, véase: MESSNER, Johannes, *Ética social, política y económica a la luz del derecho natural*, Rialp, Madrid, 1967, ps. 346/347.

(46) LACLAU, Ernesto, *Política...*, p. 121, nota 36. Lo expuesto en esta nota revela que cuando Ernesto Laclau habla de democracia (una condensación entre socialismo y democracia) lo hace desde la dialéctica postmarxista del antagonismo o confrontación entre sectores sociales, si bien no limitada a la clase trabajadora sino al conjunto de fuerzas heterogéneas (que denomina sujetos populares) que se unen en una construcción colectiva para disolver el bloque de poder dominante (el capitalismo). La simplificación de esta teoría es por demás obvia e implica algo tan artificial como suponer que todos los que llama sujetos populares (v.gr. trabajadores, empleados, profesionales, pequeños comerciantes.) pertenecen a una misma clase cuyos intereses se oponen a la clase capitalista. El fondo marxista del pensamiento de Laclau queda evidente cuando apunta que "el avance hacia una democracia real es una larga marcha que solo será completada con la eliminación de la explotación de clase", algo así como la profecía de Marx y Lenin, que ni en Rusia alcanzó a cumplirse (al igual que en China y en Cuba) (op. cit., ps. 121/122 nota 36).

(47) MCFADDEN, Charles J., *La filosofía del comunismo*, 2ª ed., traducción del inglés, Sever-Cuesta, Valladolid, 1961, ps. 180/181.

(48) CROCE, Benedetto, *Storia d'Italia del 1871 al 1915*, Laterza, Bari, 1942, p. 279, cit. por Augusto del Noce, *Appunti...*, cit., ps. 7/14, señala que Mussolini procuró infundir al socialismo un nuevo espíritu empleando la teoría de la violencia de Sorel.